



UNIVERSIDAD DE MENDOZA

FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

El valor estratégico de la educación

**Conferencia de aceptación del Doctorado Honoris Causa
otorgado por la Universidad de Mendoza a la Magister Virginia Gamba**

Mendoza, 4 de junio de 2026

Quiero agradecer a esta casa de estudios, por el gran honor que me han concedido. Este doctorado, si bien evoca postales de una larga vida –accidentada pero siempre protegida– no se convertirá para mí en recuerdos de un pasado de mucho trabajo, repleto de penas y alegrías, sino un compromiso al esfuerzo presente y futuro para promover un mundo mejor para todos nuestros jóvenes. Por ello, he decidido, otorgar mi medalla y mi doctorado a nuestra Patrona del Ejército de los Andes, que también es la Patrona de la Educación en Mendoza, la Santísima Virgen del Carmen de Cuyo.

San Martín entendió bien que, sin su generala guiando a nuestros ejércitos unidos del sur, no se podría derrotar a un poderoso enemigo. Yo, siguiendo su ejemplo, también entiendo que la ignorancia, la complacencia, el miedo y la inseguridad son enemigos igualmente poderosos, que atentan contra la libertad y mejora de nuestros pueblos. Sin la ayuda, la guía y la protección de nuestra Señora del Carmen de Cuyo, no podremos vencer estos males y no seremos verdaderamente libres. No tendremos paz. Así pues, coloco este honor a sus pies para que ella proteja y desarrolle la educación por la paz y el bienestar en Mendoza y en el mundo. Sin duda, la Virgen nos ayudará a *despertar vocaciones* de bien tanto aquí como más allá de nuestras fronteras.

Despertar vocaciones, el slogan de esta universidad, está compuesto de dos grandes misterios, porque tanto la palabra *vocación*, como la palabra *despertar*, no son expresiones filológicas, sino certezas del alma. Los docentes de esta universidad tienen el enorme compromiso y la gran carga de apoyar a nuestros estudiantes a despertar de la ignorancia y encontrar su compromiso de vida, que no es otra cosa que su vocación. Yo le debo todo a la universidad, porque despertó mi interés por el mundo viéndolo como es y no como me gustaría que fuera. La universidad abrió mis ojos y pude entender mi propósito –mi vocación– gracias a ella.

Yo soy más antigua que esta universidad, pero tengo menos años que ella de presencia en mi patria. Yo nací a la vera de un generoso río de plata, pero crecí en el corazón de los Andes, bajo la sombra protectora de los *Apus* como lo son el Illimani en La Paz, el oráculo de Pachacamac en Lima, y ahora, bajo los dos más grandes centinelas de las Américas, el Apu Aconcagua y el Apu Tupungato. Y si bien, mi vida fue errante, cual clavel del aire, el viento, que es mi amigo, siempre me devolvió a mi verdadero hogar, aquí –con ustedes– en nuestra magnífica patria, en este diverso y grandioso continente. No por nada, el emblema de esta provincia contiene no solo uvas y trigo, sino también la humilde imagen autóctona de nuestros claveles del cerro.

Como un clavel, mi vida se desarrolló en muchos países y muchos continentes, sin haber sido planeada, y sin contar con certezas. No soy rica en cosas materiales, pero tengo gran riqueza en experiencias. Con gran misericordia, Dios me permitió volver a mi tierra y hoy resido en la originalmente llamada *Fortaleza Protectora Argentina* –Bahía Blanca– que hoy es mi fortaleza protectora en mi tierra natal. Nada en mi vida circular me sorprende, por lo que tampoco es sorpresa que la primera universidad que me concede un doctorado honoris causa esté emplazada en una provincia defendida por el gran centinela blanco y su guardián de piedra –el Aconcagua y el Tupungato. Protección, guarda y centinela –quizás esas sean también las cosas que se esperan de nosotros en esta casa de estudios– proteger la vida, guardar el corazón, intelecto y alma de nuestras juventudes, y ser centinelas para advertir y contrarrestar peligros futuros que atenten

contra nuestra condición de hombres y mujeres de bien, en paz y armonía entre nosotros mismos y el mundo que nos rodea.

De niña yo estaba confundida. No entendía para qué estaba viva ni para qué servía. Quería ser de utilidad, pero no sabía cómo. Un poeta muy querido, Robert Graves, me animó y me dio una fórmula para saber esperar al despertar de mi vocación, lo que me permitiría ser útil. Me dijo que tuviera paciencia, que resguardara mi corazón, que mantuviera el ánimo, que evitara la amargura, y que aprendiera a defenderme con la fuerza del alma. Además, me animó a no considerar mi género como un obstáculo porque, algún día, volvería a ser valorada la dignidad y el poder de la mujer.

Nunca me imaginé que esas lecciones de vida, iban a marcar mi rumbo y mi destino y que terminaría actuando en mitad de la violencia que yo tanto temía. Y es que, desde muy chica, me aterraba la violencia en todas sus formas: no soportaba los ruidos fuertes, los gritos ni la confrontación. Sentía, en lo más profundo de mi ser, que la violencia era la forma en que la gente evitaba hablar entre sí. Precisamente por mi miedo a la violencia y mi obsesión con la incapacidad humana para resolver sus diferencias pacíficamente, me sentí atraída por el campo de los estudios estratégicos. Pensaba que, si lograba comprender el origen de la violencia, podría hacer algo para prevenirla.

Esta búsqueda me llevó por caminos insospechados. Investigué las políticas exteriores y de defensa, así como la política del poder de muchos Estados. Viví de cerca una guerra en mi tierra: la guerra de las Malvinas, que me conmovió hasta lo profundo del alma. Y si bien respeté y defendí a sus héroes, también me preocupé por entender los mecanismos para prevenir guerras. Me esforcé por comprender los instrumentos de la violencia y me convertí en experta en gestión de armas, control de armamentos y desarme. Experimenté con conceptos emergentes de seguridad colectiva y mantenimiento de la paz. Incluso investigué las dimensiones económicas de los conflictos, para ver si los hombres recurren a ellos simplemente para prosperar económicamente. Finalmente, analicé disputas territoriales, culturales, étnicas y religiosas, aparentemente insolubles. Pero nada de lo que estudié, enseñé o practiqué me acercó a las respuestas que buscaba, así fue que cambié de enfoque. Empecé a analizar el impacto de la violencia en las gentes, más que su origen. Al hacerlo, me enfoqué en la seguridad humana y allí encontré a los niños. Fueron los niños quienes me mostraron el camino a seguir.

Como ex representante especial para la infancia y los conflictos armados, dediqué ocho años a monitorear, involucrar, abogar e informar sobre las formas indescriptibles en que los niños son utilizados y maltratados por, para y en los conflictos armados. Viajé a países en conflicto y hablé con niños sobrevivientes y con quienes ostentaban el poder sobre ellos. Hablar con ex niños soldados y otros niños sobrevivientes de la violencia, fue revelador.

Después de interactuar con ellos, comprendí que estaba utilizando las herramientas equivocadas para acabar con la violencia y me di cuenta de que no necesitaba buscar el origen de la violencia ni documentar su impacto; no existía una fórmula mágica para prevenirla, ni mediadores que pudieran enseñarnos a negociar pacíficamente. Simplemente había que escuchar a los niños.

Los niños no hablan como nosotros. Están llenos de sentido común y de verdad. Tienen las respuestas, pero no les hacemos las preguntas correctas. Los niños me

enseñaron a usar otras herramientas para resolver problemas importantes; herramientas que ellos mismos siempre han usado para sobrevivir.

Si se aplican correctamente, estas herramientas traerán paz. Los niños tienen cuatro instrumentos en su caja de herramientas: esperanza, caridad y fe. El cuarto es una herramienta universal que puede reemplazar cualquiera de las otras tres, según sea necesario: la misericordia.

Primero, está la esperanza. Cuando les preguntaba a los niños afectados por el conflicto qué necesitaban —qué podía hacer por ellos—, niños y niñas, sin importar su raza, credo o procedencia, pedían lo mismo: el derecho a la educación. Era una petición incesante y abrumadora.

No querían dinero, ni reconocimiento, ni apoyo. Querían el derecho que sentían que todos los demás niños tenían: el derecho a la educación. En circunstancias normales, no a todos los niños les gusta la escuela. Pero estos niños conocían el valor de la educación y la anhelaban. Entendían que la educación era el gran igualador y el camino hacia un futuro sin límites.

Como me dijo una niña de Sudamérica:

“Dicen que quieren ayudarme. Me enseñan a hacer vestidos para que pueda ganarme la vida y mantenerme alejada de los problemas, ¡como si yo hubiera elegido lo que me pasó: ser secuestrada y obligada a ser soldado durante ocho años! Ahora que he salido de esa situación, soy doblemente victimizada, porque todos los demás niños pueden elegir qué hacer con sus vidas, pero yo no. ¿Qué derecho tienen a decirme que solo debo ser costurera, cuando quiero ser oceanógrafa? ¿Por qué no me dan las mismas opciones que a los demás niños?”.

Para estos niños, la esperanza reside en la educación. Estos niños sobrevivientes tenían esperanza, y comprendían que su esperanza dependía de sus decisiones, y que sus opciones eran limitadas a menos que obtuvieran la educación que querían y necesitaban.

Luego está la caridad. Le pregunté a un adolescente de Oriente Medio, visiblemente enfadado: “Después de todo lo que has pasado, ¿todavía te consideras un niño?”, y me respondió: “Sé que lo soy, pero quiero ir a luchar”. Le informé que tenía la libertad de hacerlo en cuanto dejara de ser niño; mientras tanto, tenía un deber consigo mismo y con los demás niños. Le expliqué que los niños tienen muchos más derechos que los jóvenes o los adultos. En lugar de luchar por dejar de ser niño, le dije que debía luchar para convencer a los demás de que le permitieran ser niño; y que debía defender el derecho de los demás niños a ser precisamente eso, niños. Me prometió que se convertiría en defensor de los derechos de la infancia.

Hablé con una adolescente africana que al principio se mantuvo callada, pero luego me tomó la mano con seriedad y susurró: “Por favor, éramos cuatro. Somos cuatro. Éramos cuatro niñas que el grupo armado se llevó hace años. Yo fui la única liberada. Por favor, liberen a las otras tres, ahora”. Valoraba la solidaridad más que el dinero. Repitió que no estaba sola, que era una de cuatro. La solidaridad es caridad.

Una chica tímida de 15 años, que había sido secuestrada, obligada a ser soldado, violada repetidamente, liberada con su bebé en brazos, rechazada por su propia comunidad y finalmente acogida por la iglesia –donde le enseñaron a hornear pan– tenía un deseo diferente. Cuando le pregunté qué necesitaba, me dijo: “Por favor, señora, sé hacer pan, pero necesito que alguien me lo compre”. Era sencillo.

No basta con enseñar a alguien a ser pescador; también hay que comprar el pescado de los pescadores. Caridad. Debemos comprender que los niños que están dispuestos a esforzarse por mejorar sus vidas necesitan nuestro apoyo en sus esfuerzos; en otras palabras, si están dispuestos a “hornear el pan”, nosotros debemos estar dispuestos a comprarlo.

Los gobiernos y las organizaciones en situaciones de posconflicto deben asegurarse de que parte de sus programas utilicen los recursos disponibles, cuando estos recursos son los generados por los niños afectados por el conflicto, a quienes se les debe brindar el apoyo, el reconocimiento y la dignidad que merecen.

Finalmente, está la fe. Una joven apasionada, de 14 años, me dijo –una vez más– que solo quería estudiar porque quería ser abogada. Ignorante, le pregunté si quería defender los derechos de otras personas. Ella respondió: “No. Quiero estudiar Derecho porque quiero ser presidenta y asegurarme de que no haya más guerras”.

Esa joven tenía fe, al menos en sí misma. La fe es una virtud difícil de explicar. Con la esperanza, siempre existe la posibilidad de un cambio de fortuna. Con la caridad, siempre existe la posibilidad de reciprocidad, pero la fe es diferente. Hay una gran diferencia entre decir “Espero hacerlo” y decir “Lo haré”. La fe es una decisión, una apuesta, tomada con plena conciencia del precio que se pagará si se fracasa. Supongo que por eso tanta gente le teme a la fe, pero estos niños no. Los niños que encontré eran fuertes. Habían sobrevivido. El mundo les había fallado, pero se ayudaron a sí mismos y, cuando pudieron, se ayudaron entre sí. Sabían lo que necesitaban y lo que querían, porque tenían fe.

Para honrar a los niños que conocí, debo hacer tres preguntas. En primer lugar, para romper el ciclo de violencia, hay que permitir que los niños sean niños y proteger su derecho a la educación, en tiempos de guerra y de paz. ¿Es mucho pedir brindar educación de calidad a todos los niños, independientemente de sus circunstancias? En segundo lugar, un niño que es rechazado por sus experiencias, por su ignorancia, por el contexto en el que nació, está condenado a pasar la vida, como los leprosos de antaño, haciendo sonar una campana y gritando: “¡Impuro, impuro!”. ¿Estamos dispuestos a reconocerlos y ayudarlos cuando pasan a nuestro lado? Y, en tercer lugar, ¿es mucho pedir que dejemos a nuestros hijos al margen de las guerras, los conflictos y las políticas destructoras que el hombre ha creado?

Debo mencionar ahora la misericordia. Hablé con un joven líder de una pandilla que aterrorizaba a una comunidad y secuestraba y reclutaba niños. Le rogué que parara. Insistió en que pertenecía a una minoría religiosa y que solo tomaba lo que creía que era su derecho. No veía ningún problema en reclutar niños porque se sentía justificado y usaba el nombre de Dios para expresarlo. Le pregunté: “Si eres tan religioso, dime, ¿cuál es el mayor atributo de Dios?”. En el silencio que siguió, le dije que el mayor atributo de Dios, en cualquier religión, es la misericordia. Le pedí que dejara a los niños en paz, no

porque fuera lo correcto, sino simplemente porque tenía el poder de hacerlo, mostrándoles misericordia, y así lo hizo.

Yo intenté ayudar a los niños, pero al final ellos me ayudaron a mí. Me enseñaron que ninguno nace con odio hacia los demás; que todos desean un espacio seguro donde ser niños; que todos quieren tener opciones, y las opciones llegan con la educación; que desean la oportunidad de ayudar a otros niños y a sus comunidades; y que merecen un futuro a su medida. Sobre todo, desean la paz.

Estos niños –nuestras juventudes– son nuestra esperanza y nuestra fuerza. Llevan consigo las semillas de la resiliencia, la compasión y el pragmatismo. Con la educación, tienen una oportunidad de construirse como personas de bien y –con nuestra ayuda– pueden convertirse en pacificadores, innovadores y protectores de los más débiles, guardianes de la vida y de la tierra. Los jóvenes poseen esperanza y caridad, y demuestran una fe inquebrantable en sí mismos mientras intentan forjar un futuro. Somos nosotros los que los deprimimos, los que los desanimamos, los que los hacemos impotentes. Lo mínimo que podemos hacer es decirles que tenemos fe en ellos y que los necesitamos más de lo que ellos nos necesitan a nosotros.

Como docentes tenemos la doble obligación de ayudar a “despertar su potencial”, a encontrar su “vocación” y empoderarlos a alcanzar sus máximas aspiraciones. Y, seamos honestos, tenemos que hacerlo porque los necesitamos desesperadamente. Por lo tanto, mi mensaje para ustedes es que, cuando todo lo demás falle en su labor sagrada de docente, recurran a las herramientas de la infancia: la fe, la esperanza y la caridad. Si no pueden, entonces apóyense en esa última herramienta milagrosa: la misericordia. Encuéntrénla y úsenla.

Esta es la tierra de la roca y la vid, del desierto y la esperanza, de la libertad y del esfuerzo, de la unión y de la patria y también es la tierra del humilde clavel. Aquí hay lugar para todos: sean claveles del cerro o claveles del aire. Tenemos la guarda de piedra, la sombra del *apu*, y la guía y protección de la Virgen del Carmen de Cuyo, nuestra nueva Doctora *Honoris Causa*. ¿Qué nos puede faltar? Señoras y señores, lo único que tenemos que hacer es decir que se puede, creer que se puede y hacer lo que haya que hacer.

Todo empieza, y todo termina, por la educación. La educación es la solución de todo. Es el valor estratégico de un Estado y es nuestro más preciado tesoro. Aprendamos a valorarla porque sin ella no habrá desarrollo, ni progreso, ni solidaridad, ni humanismo, ni paz. La educación es libertad y es paz y nosotros lo que más queremos es paz en libertad.

Y a Uds., las que tienen la suerte de ser mujeres, quiero repetir lo que me dijo Robert Graves:

“... es hora de que la dignidad y el poder de la mujer sea reconocido, valorado y utilizado, porque los desafíos del mundo contemporáneo no se pueden solucionar si no ponemos todos el hombro, juntos, unidos y complementados. Necesitamos que la mujer ocupe su espacio y domine sus capacidades para liberar su fuerza”.

Nuestra Generala del Ejército de los Andes, que es mujer, es nuestra *Doctora Protectora de la Educación*: encomiendo a ella esta universidad, y todas las universidades

del mundo, para que vuelvan a ser los faros de luz que tanto necesitamos para no perdernos en la oscuridad del mal, el caos y la impotencia.

Muchas gracias.